

LITURGIA EN TIEMPOS DE INCREENCIA

Dionisio BOROBIO GARCÍA

Se ha escrito mucho sobre la «crisis de la Iglesia», manifestada de modo especial en la «crisis de la liturgia», porque en la acción litúrgica es donde se concentran las dimensiones fundamentales de la misión en su vitalidad o decadencia: comunidad y comunión (*koinonia*), Palabra y evangelización, culto y oración (*leitourgia*), caridad y misión caritativa (*diakonia*). Si la liturgia es el «culmen y la fuente» de la vida de la Iglesia, necesariamente implica esta totalidad. Ya en un artículo anterior reflexionábamos y proponíamos algunas sugerencias pastoral-litúrgicas para el tiempo de pandemia, siguiendo el mismo esquema. Ahora nos proponemos avanzar sobre el tema, respondiendo a esta pregunta: ¿Cómo recuperar y renovar aquello que se perdió o se cambió en una situación pandémica? ¿Hemos entrado en nuevas «pandemias» que exigen nuevos planteamientos de pastoral litúrgica? ¿Qué avances son posibles, teniendo en cuenta las directrices y la dinámica de la renovación litúrgica del Vaticano II y documentos posteriores?

Nuestro objetivo es, por tanto, revisar cómo se realizan o expresan las dimensiones permanentes de la misión de la Iglesia hoy, y cuáles son las posibilidades de realización para el mañana. Sabemos que es imposible e injusto generalizar. Y también creemos que nuestras propuestas son sugerencias (no directrices) para intentar mejorar nuestra celebración, en especial de la Eucaristía dominical.

1. EN RELACIÓN CON LA COMUNIÓN-COMUNIDAD:

En la mayoría de los casos, permanece un grupo de personas, en gran parte «mayores», que vienen a «la misa del domingo». Están

Dionisio Borobio García, sacerdote oriundo de Bilbao, doctor en teología litúrgica y licenciado en filosofía, catedrático jubilado de la Universidad Pontificia de Salamanca.

ausentes muchos niños y jóvenes, que recibieron los ritos de iniciación, pero a los que no les dicen mucho los «actos culturales». Además, la pandemia ha hecho que los que participan procuren estar separados, dando la impresión de una comunidad reunida en un mismo lugar, pero dispersa en su contacto relacional. Se trata de una «asamblea cultural», cuya manifestación externa difícilmente sintoniza con la actitud interna de sentirse unidos fraternalmente en la fe, y en comunión de caridad con la pluralidad de comunidades dispersas por el mundo. La Eucaristía no es solo un acto de culto individual, es sobre todo un acto de culto eclesial, del «nosotros» eclesial. La Eucaristía es, al mismo tiempo, «sinaxis» o reunión de la asamblea creyente; «anamnesis» o actualización memorial del misterio de salvación; y «praxis» o participación diferenciada de toda la Iglesia, por medio de sus diversos servicios y ministerios litúrgicos.

¿Cómo mejorar esta situación? Depende de muchos factores: educación, catequesis, acogida, comunicación en la vida, canto unificador, gestos y sentimientos de unidad, exhortación introductoria. Si no hay actos de relación, de reunión y comunicación en la vida, es muy difícil que esta relación y comunión se manifieste en la asamblea reunida. Ciertamente es que la motivación es diferente y específica en este caso: se trata de una reunión o asamblea de quienes, en principio, comparten la misma fe y tienen un objetivo común: la celebración del misterio de nuestra salvación en Cristo.

- Pero para que así sea, es preciso que, sobre todo el que preside, haga consciente y reavive esta actitud de fe en los participantes en esa asamblea.
- Que se dé un «antes» de conocimiento, relación fraternal, acogida sin discriminación, acompañamiento y ayuda a los diversos miembros de esa comunidad, en las diversas situaciones de la vida. Lo cual exige que intervengan, además del sacerdote, otros miembros de la comunidad comprometidos en este servicio.
- Que al comienzo y al final de la celebración, se acoja y se despidan a los participantes con signos de fraternidad, según tiempos litúrgicos.

- Que se dé preferencia y se acompañe a enfermos o impedidos de diverso tipo a su lugar, lo más cerca posible del presbiterio. Y que se les tenga muy en cuenta a lo largo de toda la celebración: palabras, rito de la paz, comunión.

2. EN RELACIÓN CON LA PALABRA Y EVANGELIZACIÓN:

Constatábamos, en el artículo citado, cómo en tiempos de pandemia, había decrecido el servicio a la Palabra en la celebración, en la familia, en los grupos, en la catequesis... dada la reducción obligada de encuentros. Y ya entonces sugeríamos algunos medios para recuperar la importancia de la Palabra en la vida de la comunidad. Mejorar la predicación, la catequesis, promover los grupos de diálogo, lectura y meditación personal... Pero, después de aquella pandemia, han venido otras, no totalmente nuevas, que nos piden clarificar y aplicar la Palabra a las nuevas situaciones: violencias de todo tipo, guerra, desastres naturales, cambio climático, incendios devastadores, huracanes y ciclones, sequía y lluvias torrenciales... No es que queramos buscar en la Palabra respuestas concretas que nos ofrezcan la solución a estos fenómenos. Pero la Palabra nos habla de vida (Vida), nos habla desde la vida, nos habla para la vida, nos propone actitudes y valores para defensa de la vida y nos ofrece un sentido permanente para transitar por la vida, sean cuales sean las situaciones en las que nos toca vivir. Por eso, si los momentos litúrgicos y el contenido fundamental de la Palabra, no cambian, sí deben cambiar las aplicaciones a las inquietudes e interrogantes que los destinatarios diferenciados de esa Palabra reclaman y piden.

Para intentar ser realistas, esto requiere:

- Estar atentos a los acontecimientos familiares, sociales, nacionales e internacionales que conmueven e interrogan a la Palabra, es decir, a Dios mismo comunicándose por su Palabra.
- Centrarse no solo en la Palabra que proponen los leccionarios, sino saber elegir aquellos pasajes que más pueden ayudar a interpretar aquel o aquellos acontecimientos naturales o sociales.

- Tener muy en cuenta el lenguaje de la creación, de la naturaleza, que a veces nos habla para admirar su grandeza y hermosura, otras para corregir nuestros abusos, otras para promover su desarrollo a favor de la humanidad entera.
- Extender el diálogo, sobre y desde la Palabra, a otras personas no cristianas, pero creyentes, que también son sensibles al lenguaje de la creación: llámense ecologistas o no.
- Todo esto es posible si hay personas o grupos de diálogo que, en el ámbito eclesial o comunitario, pueden señalarse como «catequesis de adultos», «grupos de diálogo abierto», catecumenado...
- El diálogo desde la Palabra, debe ser siempre un diálogo desde Dios presente en el mundo, en la Iglesia, en la comunidad y en las personas, cualquiera sea el acontecimiento o situación de que se trate. Dios no reduce su presencia iluminadora a un acto de culto. También nos habla desde la vida, desde la creación, desde la sociedad.

3. EN RELACIÓN CON LA ALABANZA Y ACCIÓN DE GRACIAS

Sabemos que esto se expresa de modo especial en la «anáfora», en las plegarias eucarísticas, que en su conjunto expresan una variedad de motivaciones para alabar y dar gracias a Dios. Baste pensar en la diversidad y pluralidad de «anáforas» por las que, a lo largo de la historia, en las diversas liturgias, se ha formulado esta alabanza a Dios. Después del Vaticano II, la liturgia actual nos ofrece una variedad de anáforas (hasta 13), junto con la predominante hasta entonces: el canon romano. Pero lo cierto es que tal variedad no es aprovechada de modo suficiente, porque en general se recurre a la plegaria eucarística II, por diversos motivos: claridad, brevedad, aceptación popular, premura de tiempo (sacerdotes que tienen que celebrar los fines de semana hasta siete misas). Y lo peor es que se cae en un automatismo de palabras, en una repetición carente de sentido, en una monotonía sin énfasis, en una recitación sin pausas. O bien en una exageración de énfasis y tiempo en el momento de la consagración y elevación. Por otro lado, la preparación a la

«eulogía» y la presentación de dones (llamado «ofertorio»), si bien ha sido revalorizado por la renovación litúrgica, sobre todo con la pandemia ha perdido su relevancia por temor a la contaminación, en especial la presentación de los dones materiales.

Ante esta situación, no generalizable ciertamente, ¿qué se puede hacer para dar más relevancia a la acción de gracias o «eulogía»?

- Revalorizar la presencia de los dones de la creación: flores, plantas, frutos, pinturas o cuadros... Se trata de valorar más la «ofrenda cósmica». Pues la preocupación del hombre actual por el cambio climático también es recogida en este acto, que afecta a la persona oferente y a la humanidad entera. Ciertamente que Dios no necesita comer ni beber; pero tampoco se desentiende de la necesidad del hombre de estos dones de la creación. Esto pide que, tanto el pan como el vino, sean significativos y visibles para la asamblea, en proporción adecuada, según las circunstancias. Dios no desprecia nada de lo creado por él, lo dinamiza por las manos del hombre, y lo transforma en el poder de su Espíritu.
- Es preciso que superemos la dicotomía entre la creación y la salvación, entre lo natural y lo sobrenatural, entre el tiempo y la eternidad. Dios abarca la totalidad, y como tal, aunque todavía no completada, podemos presentarla a Dios en la Eucaristía, para que, por medio del ministerio de la Iglesia y el poder del Espíritu, sean bendecidos o santificados con su gracia creadora.
- En la Eucaristía no solo está presente la realidad cósmica a través de diversas realidades materiales en y por las que se realiza: materialidad del templo, elementos decorativos estéticos: retablo, imágenes, pinturas, flores y plantas, frutos de la tierra... Y, sobre todo el altar, ocupando el centro, junto con las ofrendas del pan y del vino, que son presentados no para su destrucción, sino para su conversión y transformación, en virtud del poder del Espíritu, en el cuerpo y la sangre de Cristo. Todo ello es presentado para significar una dinámica de transformación creatural y sobrenatural, en virtud del poder de Dios. La liturgia eucarística manifiesta una solicitud por la creación y su cuidado, por las necesidades corporales y espi-

rituales del hombre. «La materia es tan presente, que no solo el pan y el vino se identifican con el Señor mismo», sino que también la madera y los colores, de alguna manera, remiten a una transformación salvadora escatológica.

- Por tanto, esta revalorización cósmica de la Eucaristía significa que damos más importancia a los elementos de la creación, a la estética, al *ars celebrandi*, recuperando aquello que pudo quedar más fragilizado durante la pandemia. Por ejemplo, la procesión de presentación de ofrendas materiales, no solo pan y vino, también flores y frutos de la tierra, junto con la colecta, de la que hablaremos después.

4. EN RELACIÓN CON LA CARIDAD Y MISIÓN CARITATIVA

Sabemos cómo para los creyentes cristianos, está unida la Eucaristía con la caridad, y la caridad con la Eucaristía. Hasta el punto de que sin caridad de Dios manifestada en Cristo, no habría Eucaristía, y sin caridad entre hermanos creyentes tampoco habría verdadera Eucaristía. Por eso, uno de los nombres más utilizados para designarla es *Sacramentum caritatis* (cf. Encíclica de Benedicto XVI). El amor de Dios, revelado sobre todo en el misterio pascual, se concentra, se expresa, se celebra y se hace presente en la Eucaristía, por palabras y signos que lo actualizan y nos hacen partícipes de este gran misterio de salvación. Y en respuesta, el amor de los creyentes participantes se expresa en acogida de fe y agradecimiento, en alabanza gozosa compartida, en ofrenda de dones materiales y sobre todo del don de su cuerpo como «hostia espiritual». En la Eucaristía se verifica lo que cantamos y rezamos: «*Deus caritas est*», y también «*Ubi caritas et amor ibi Deus est*». Evidentemente, este amor de Dios y a Dios implica el amor de los hermanos, sin diferencia ni distinción, con preferencia a aquellos que más lo necesitan por su situación corporal (enfermedad), o psicológica (desequilibrios psicológicos) o social (marginación de diverso tipo). Pues, como dice san Juan Crisóstomo, no se puede comer el pan de la Eucaristía y negar el pan u odiar y no atender al pan de los hermanos. No puedes comer el cordero pascual, y comportarte luego con los demás como un lobo que devora.

Ahora bien, ¿cómo se puede manifestar o expresar esta relación de amor hoy, en tiempos de increencia e indiferencia? ¿Cuál es el plus a añadir a cuanto ya sugeríamos en el artículo «liturgia en tiempos de pandemia»? Sugerimos con humildad algunas posibilidades.

a) *Por medio de las palabras:*

- En el buen uso del leccionario: además de poner el énfasis en las lecturas ofrecidas que tratan del tema, saber elegir textos sobre el amor para las diversas circunstancias: fiestas patronales, agradecimiento, enfermedad, aniversario de bodas, domingos señalados para actualizar el compromiso de caridad de la comunidad cristiana: jueves santo, manos unidas, campaña contra el hambre en el mundo...
- En la elección del prefacio y la plegaria eucarística, sabiendo utilizar la riqueza de contenido de amor y caridad que contienen.
- En las palabras del que preside la celebración, insistiendo en aspectos relacionados con la caridad: justicia, solidaridad, acogida amable, etc.
- En las palabras que se proponen como animación (moniciones diversas, peticiones) a la participación de la asamblea.
- Y, sobre todo, en la homilía, que siempre debe incidir en este aspecto, en el comentario oportuno a cada texto bíblico, o al salmo responsorial.

b) *Por medio de los gestos y signos:*

- Uno de los gestos más importantes es la acogida amable, sobre todo de los necesitados: discapacitados, enfermos, ancianos... No solo saludándolos, sino también acompañándoles al lugar adecuado y teniéndolos presentes en palabras y gestos: sobre todo homilía, rito de la paz, comunión...
- Otro de los signos instituidos es la colecta, sobre todo el día del domingo, en especial con motivo de las diversas campañas señaladas. No debería hacerse mientras el sacerdote

hace la presentación del pan y el vino, sino que debería tener tiempo y espacio propio: por ejemplo, después de las preces, el sacerdote espera a que termine la colecta y luego se presenta en procesión, junto con los otros dones, para ser recibida por el sacerdote y ayudantes, antes de invitar a la asamblea a orar («Orad hermanos») y pronunciar la «oración sobre las ofrendas». De este modo sería más relevante y significativa. Entendemos la dificultad de alargar algo la celebración, sobre todo cuando el sacerdote tiene que celebrar varias Eucaristías el mismo domingo.

- Un nuevo signo, en estos momentos de conflictividad diversa, podría ser presentar algún cartel que nos recordara la actualidad del evento. Por ejemplo, en la celebración dentro de la misa del bautismo, la confirmación, el matrimonio, o incluso la unción de enfermos. Y, en otro campo, como la campaña contra el hambre, la contaminación o el cambio climático, la biodiversidad herida... También esto entra en la ofrenda, o en la «eulogia» y «anamnesis», que tiene por centro el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, donde se asumen los sufrimientos y alegrías de los hombres.

5. RESPECTO A LA MISIÓN CARITATIVA EN LA VIDA:

La Eucaristía no termina con el acto de la celebración. Debe continuarse en la vida, haciendo de la vida una Eucaristía existencial, y convirtiendo la vida cotidiana en una alabanza más o menos explícita o implícita a Dios, que nos ha salvado y nos está salvando por Cristo en la fuerza e impulso del Espíritu. Si la Eucaristía «es la Iglesia» concentrada en acto celebrativo, y la Iglesia permanece siendo eucarística en todas sus acciones en la vida, no es posible separar la celebración y la vida, la reunión en asamblea eucarística y la misión. Esta relación y mutua presencia ha sido resaltada, tanto por Juan Pablo II (*Ecclesia de Eucharistia*), como por Benedicto XVI (*Sacramentum Caritatis*). Esto se ha expresado desde el principio en la frase «*Iuxta dominicam viventes*».

Así pues, el domingo es el día en que el cristiano encuentra aquella forma eucarística de su existencia que está llamado a vivir

constantemente. «Vivir según el domingo» quiere decir vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente (Sc 72 ss).

Ahora bien, ¿cómo puede manifestarse esta realidad creída y celebrada, dentro de la misma celebración y en la vida? Nuestras sugerencias no pretenden «inventar nada», sino actualizar en lo posible lo ya dicho y recordado.

a) Dentro de la misma celebración:

- Puede insistirse en las diversas introducciones que nuestro encuentro es la manifestación de la Iglesia reunida y unida, no un encuentro individual, sino eclesial, no solo un diálogo de Dios con el «tu» personal, sino también y sobre todo con el «nosotros» de una Iglesia representada en la asamblea reunida, pero también de una Iglesia dispersa por el mundo entero, viviendo sus dificultades, sus gozos y esperanzas, pero compartiendo la misma fe que nos unifica.
- Puede expresarse esta eclesialidad en la participación de los diversos servicios y ministerios, unidos en el mismo servicio eucarístico, pero diversos en su función, aunque todo ellos movidos por la fuerza del mismo Espíritu. Así se manifestará la unidad en la diversidad y viceversa.
- Un elemento externo para expresar esta comunión puede ser, cuando es posible (no era así en tiempos de pandemia), la posición de los bancos o sillas cerca del altar y apoyando la cercanía de los diversos participantes, de modo que no aparezca como una asamblea dispersa e individualista.

b) En la vida cotidiana

La misión caritativa puede manifestarse y realizarse de muy diversas formas, según la situación y circunstancias de la misma comunidad cristiana.

- *Ayudando y acompañando* a los necesitados que tenemos cerca, incluso dentro de la misma familia: enfermos, dependientes, abandonados etc.
- *Participando* en acciones colectivas que promueven la justicia, la caridad, la solidaridad, los derechos humanos y los valores cristianos.
- *Reuniéndonos en grupo de diálogo* con otros cristianos o no, para intercambiar nuestra visión sobre estas realidades, y quizás emprender algunas acciones significativas.
- *Promoviendo la evangelización de la cultura*, pues como dice el papa Benedicto: la Eucaristía comporta el «compromiso de promover con convicción la evangelización de las culturas, con la conciencia de que el mismo Cristo es la verdad de todo hombre y de toda la historia humana. La Eucaristía se convierte en criterio de valorización de todo lo que el cristiano encuentra en las diferentes expresiones culturales» (Sc 78).

En conclusión, hemos pretendido solamente recordar algo que ya ha sido propuesto por la Iglesia, para que ayude a su actualización y realización en este tiempo de «incredencia e indiferencia», una vez que ya parece ha pasado el tiempo de pandemia. Son principios permanentes, que con frecuencia quedan relegados y no aplicados, por distintas razones y circunstancias, bien sea de los presbíteros, o de los mismos fieles y comunidades.